

## La geografía de las apariciones de Cristo resucitado en la «Vida de Jesucristo» por el P. A. Fernández

1.—Uno de los méritos más relevantes de la Vida de Jesucristo que ha publicado el P. A. Fernández es ciertamente todo lo que se refiere a la geografía <sup>1</sup>. No hay más que abrir el libro para ver que no tiene en este aspecto rival entre los mejores. Los mapas, las fotografías son acertadas y muy variadas. Originales también. Las fotografías han perdido mucho en la edición española. Quedan bastante más vistosas en la traducción italiana. Suponemos que la edición inglesa ha realzado también el mérito de las fotografías. Pero, bajo el punto de vista geográfico, lo que más vale son los estudios que hace el P. A. Fernández. Ha vivido en Palestina más de veinte años y ha recorrido palmo a palmo todos los lugares que tienen algún interés histórico. Y ha visitado aquellos santuarios con el interés del profesor y del hombre de ciencia. En todas las obras que ha publicado el P. A. Fernández se revela su interés por el estudio geográfico crítico, exacto y completo. Siempre ecuaníme, que sabe dar a cada opinión su valor y luego escoge con acierto la propia, al mismo tiempo con una modestia extraordinaria. Yo también he vivido en Palestina muchos años y me he interesado por estos problemas geográficos <sup>2</sup>. Como homenaje a mi óptimo y querido amigo, compañero tantos años en aquella Jerusalén inolvidable, he querido poner de relieve los méritos geográficos que tiene la sección que dedica a las apariciones de Cristo Resucitado.

2.—La primera aparición que examina el autor es la de su Madre. Nada dice sobre la geografía porque tampoco dice nada el Evangelio.

---

<sup>1</sup> Nos remitimos siempre a la 2.<sup>a</sup> edición, Madrid (BAC) 1954.

<sup>2</sup> Cfr. LEÓN VILLUENDAS, *Por tierras bíblicas*, Madrid 1933; *Guía ilustrada de Tierra Santa*, Vitoria-Jerusalén 1934; *Proyecciones Evangélicas*, Barcelona 1945.

Lo interesante en esta aparición no es la geografía, sino la crítica. El autor admite la aparición de Cristo a su Madre, pero se encarga de razonarla con el testimonio de Suárez, que cita a Sedulio. También copia las palabras de Ruperto y, sobre todo, remite al trabajo del P. U. HOLZMEISTER, que estudia todos los testimonios de la tradición relacionados con este tema y aduce los argumentos intrínsecos a favor de la misma. Holzmeister no da la aparición como cierta, pero la tiene «como sumamente probable»<sup>3</sup>.

3.—En la ida de las piadosas mujeres al S. Sepulcro, el P. A. F., partiendo de que se alojaban en el Cenáculo, como es probable, describe el camino que seguirían, en líneas generales. Arrancando del Cenáculo pasarían por cerca de la Ciudadela o Torre de David. Frente a ella, y precisamente al lado del templo protestante de la Christ Church, se conservan en el interior de una casa musulmana las ruinas de una iglesia antigua, que «los peregrinos llaman de las *Tres Marias*». Este sitio se hallaba en el camino que seguirían ellas para el S. Sepulcro, «yendo a salir fuera de la ciudad por la puerta de Gennat o la de Efraín» (p. 760).

La autoridad del P. A. Fernández es indiscutible en materia geográfica y cualquiera puede confiarse tranquilo a su criterio sereno y siempre documentado.

4.—El P. A. Fernández admite la aparición de Cristo a las mujeres, aunque hoy día hay muchos autores que la rechazan. Pero el P. F. es sereno en su apreciación y cita la sentencia contraria y alguna de las razones en que se apoya. Este problema él lo estudia como de paso. Supone que las piadosas mujeres vuelven al S. Sepulcro después de ir al Cenáculo con el mensaje del Ángel. «En el camino» se les aparece Jesús. No dice el P. F. si se les aparece a la ida o a la vuelta. Sí supone que esta aparición es posterior a la de Magdalena. Tampoco dice si Magdalena está presente a esta aparición colectiva. Aquí el autor sigue a la letra el texto de Mt, aunque ya introduce él la vuelta de las mujeres al S. Sepulcro. Esto no todos se lo concederán hoy día. Porque el texto de Mt muy condensado admite otras explicaciones más críticas fundadas en los métodos literarios del evangelista.

5.—La aparición a los discípulos de Emaús es la más importante en esta Vida bajo el punto de vista geográfico. En la p. 713 tiene un gráfico con su escala en kms. y los caminos que pudieron seguir los discípulos. En la p. 714 tiene una fotografía «Restos de una iglesia de tres ábsides», siglo III, según muchos, reconstruida por los Cruzados y cerca de Amwas. En la p. 715 hay otra fotografía del Santuario franciscano que hay en el-Qubeibe.

<sup>3</sup> Cf. VerVid 22 (1942) 97-102.

El P. F. empieza por confesar que hasta el presente no se ha logrado localizar con certeza el Emaús del evangelio. Hay hasta seis localidades que pretenden esta gloria. Merecen la atención del estudioso crítico solamente dos: 1.º) El Emmaus de I Mac 4, 3, que en la época romana se llamó Nicópolis y ha llegado hasta nosotros con el actual de *Amwas*, pueblecito distante 30 km. de Jerusalén, por el oeste. En el límite de la montaña con la llanura, por donde viene la carretera de Jafa. A esta distancia se aplican muy bien los 160 estadios, que leen muchos códices griegos de Lc.

2.º) El segundo pueblo digno de consideración es el actual llamado el-Qubeibe, a 12 km. de Jerusalén, también por el oeste, aunque un poco más al norte que el anterior. A este pueblo se aplican bien los 60 estadios, que ponea otros códices en el texto de Lc. Los PP. Franciscanos tienen aquí un convento y una iglesia muy devota que recuerda con sus pinturas el paso del evangelio.

El P. F. estudia todos los aspectos de la cuestión: el arqueológico, el histórico, el filológico y el tradicional. Ninguno, por sí, resuelve el problema con seguridad. La solución depende de todo el conjunto.

a) *Aspecto arqueológico.*—En Amwas hay ruinas de una iglesia que ascienden al siglo III o principios del IV. Las ruinas de la iglesia de el-Qubeibe restaurada por los PP. Franciscanos no consta si ascienden a la época bizantina o son de los Cruzados<sup>4</sup>.

El P. F. por la antigüedad de las ruinas piensa con los PP. Dominicos de la Escuela de Jerusalén que la preferencia está por Amwas. Este argumento es susceptible de subjetivismo. No bastan ruinas de una iglesia para localizar el hecho evangélico. ¿Se prueba que las ruinas de Amwas obedecen a la localización del Emaús evangélico? La duda es tanto más razonable cuanto que en el-Qubeibe existen ruinas y pueden ser de época bizantina. Los Cruzados tuvieron también algún motivo para edificar allí. Por el hecho de las ruinas creo sinceramente que no existe mayor probabilidad en una o en otra sentencia.

b) *Aspecto histórico.*—Lo examina bien el P. F. y reconoce que la narración de Lc favorece más el sitio de el-Qubeibe, dada su menor distancia. Amwas dista de Jerusalén 30 km. Mientras que el-Qubeibe dista, a todo tirar, 12 km. Yendo por atajos la distancia se puede acortar hasta en 7 km. No es lo mismo recorrer en un solo día 60 km., como sería el caso de Amwas, que recorrer 14 o 24. El P. F. aduce ejemplos, pero deben ser de concursos de carreras. El evangelio hace constar que iban andando, que iban tristes. Con esta carga de preocupación y amargura no se andan tan fácilmente 30 km. en

<sup>4</sup> Cf. B. BAGATI, *I monumenti di Emmaus el-Qubeibe e dei dintorni*, Gerusalemme 1947.

un día. Nótese que el camino es pedregoso y molesto. Y que luego tienen que recorrer los mismos 30 km. a la vuelta, que ya debió ser más rápida porque venían alegres y ansiosos de explayarse ante sus compañeros.

c) *Aspecto filológico.*—El P. A. F. estudia aquí la lectura original del texto. ¿Escribió S. Lc 160 estadios o escribió 60? Si escribió 60 hay que descartar Amwas, que dista 100 estadios más. El problema estaría resuelto a favor de el-Qubeibe, que dista precisamente los 60 estadios. Reconoce el P. A. Fernández que la mayoría de los mss. lee 60 estadios. Al P. Lagrange esto le hacía gran impresión y resolvió abiertamente a favor de el-Qubeibe y de los 60 estadios<sup>5</sup>. El P. F. se inclina por que la lectura primera era 160 y luego se cambió en 60 para simplificar la dificultad histórica que proviene del hecho de tener que recorrer en un día y dos veces 30 km. Toda esa mayoría de códices que leen 60 estadios dependerían de un solo copista, que tuvo el atrevimiento de leer 60 en lugar de 160. Ya el copista fue atrevido. Cosa insólita en ellos, que solían ser fieles. Los errores de los copistas no suelen ser por advertencia y reflexión, sino por inadvertencias. En todo caso, se trata de un copista muy antiguo, del cual dependen los demás, el cual localizaba el Emaús evangélico cerca de Jerusalén. Este ya es un testimonio antiguo a favor del nuestro de el-Qubeibe.

Pero lo importante aquí es que la mayoría de los mss. lee 60 estadios. Entre ellos está nada menos que el B, códice del siglo IV. Con razón el P. Bover sigue esta lectura, que es también la de Tischendorf, Von Soden, Westcott-Hort, Bernardo Weiss, Vogels y Lagrange. La edición tan extendida en todo el mundo de los protestantes, la de Nestle, sigue también esta lectura de los 60 estadios. Cuando todas las ediciones críticas la aceptan, su fundamento serio debe existir. El P. Merk la aceptó también en sus primeras ediciones. Luego ha cambiado y ha puesto 160 estadios. Y es que el P. Merk ha querido en este punto seguir la opinión del P. Vaccari, que se ha pronunciado en este sentido en dos artículos<sup>6</sup>. Con todo, la edición de la Sacra Biblia, que dirige el P. Vaccari, mantiene los 60 estadios. La edición de Nollí sigue la lectura última de Merk y por eso pone 160 estadios (Romae 1955).

Nos parece exagerado decir que los escribas antiguos se tomaban tanta libertad (p. 717). Es todo lo contrario. En la transcripción de los manuscritos es donde se observa mayor rigor crítico. Los errores generalmente provienen de equivocaciones, bien del ojo, bien del oído, bien de la memoria. Un cambio intencionado es rarísimo y siempre

<sup>5</sup> RebBibl 1896, p. 89.

<sup>6</sup> Cf. *Antonianum* 25 (1950) 493-500; VerVid 17 (1937) 126-28, 189-90.

hay que probarlo. Aquí habría que suponer que el copista, al oír 160, se quedó sólo con la última cifra y omitió distraído el 100. Esto ya pudo ocurrir. El cambio intencionado no se puede admitir sin prueba seria. Hoy por hoy, yo me quedo con la lectura de 60 estadios, que es la de la mayoría de los críticos. Esta es ciertamente la más probable. Y como es incompatible con el Emaús-Amwas, que dista 160 estadios, tengo por más probable Emaús-el-Qubeibe, que acepta toda la tradición franciscana.

d) *Aspecto tradicional*.—El P. F. aduce a favor del Emaús-Amwas el testimonio de Orígenes, Eusebio, S. Jerónimo y Hesiquio, y remite al *Enchiridion locorum sanctorum* de Baldi nn. 980ss. El mismo reconoce el flaco de esta argumentación. Todos los testimonios dependen de Orígenes. Sabemos que Orígenes no es siempre exacto en la localización de algunos hechos evangélicos. Así trocó la «Bethania trans Iordanem» de Jn 1, 28 en Betabara. Cambió también «gadarenos» o «gerasenos» en gergeseos<sup>7</sup>.

Nosotros no queremos quitarle autoridad al testimonio de Orígenes. El hecho también de que lo aceptaran Eusebio y S. Jerónimo nos hace fuerza. Por esto nosotros no diremos que sea cierta la tradición franciscana. Pero sí nos parece más probable. Y nos apoyamos en dos razones serias: a) Las ruinas que pueden ser del tiempo anterior a la invasión de los persas. b) La lectura crítica del texto es ciertamente la razón principal. 60 estadios se puede decir que es la lectura hoy día crítica. Y esta lectura sólo se aplica al Emaús-el-Qubeibe. Sentimos disentir en este punto particular de nuestro querido amigo el P. A. Fernández.

6.—La aparición en el Mar de Galilea nos interesa mucho bajo el punto de vista geográfico. La trata muy bien el P. F. Tiene hasta cuatro fotografías. Una del mar de Tiberiades al clarear el día; otra con la graciosa concha de et-Tabgha; otra de toda la región de et-Tabgha, con el M. de las Bienaventuranzas y la iglesia de la «Mensa Christi». Finalmente tiene una cuarta del exterior de dicha iglesia, con sus gradinatas casi tocando el mar. La Bibliografía del P. F. en esta materia es muy completa. No podía omitir la obra del R. P. Teófilo Antolín, O. F. M.<sup>8</sup>. Tanto la tradición como la arqueología sitúan esta encantadora aparición en el oeste del Lago, en la bahía de Ain et-Tabgha, donde ciertamente abundan los peces. Aquí se establecen los pescadores durante el invierno. Dalman concretamente habla de Heptaêgon<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Cf. LAGRANGE, en RevBibl 1895, pp. 501-24; 1896, pp. 87-92. Contra Lagrange escribió BUZY en RechScRel 5 (1914) 395-415.

<sup>8</sup> *El Santuario de la Aparición del Señor y del Primado de S. Pedro en el lago de Tiberiades*, Roma 1938.

<sup>9</sup> *Orte und Wege Jesu*, p. 148.

7.—Cuando narra la Ascensión, el P. F. se contenta con decir que tuvo lugar en el Monte de los Olivos. No dice más. Esta sobriedad suya tal vez obedezca a que no encuentra sólido fundamento para la tradición más concreta. Ya desde el siglo IV parece que existían allí dos edificios que recordaban la Ascensión. El «Imbomon» = en el Montículo, y la Eleona, mons Elaeon o de los Olivos. Era el primero una monumental rotonda pavimentada con mosaicos y ricos mármoles. Tres hileras de columnas concéntricas formaban tres galerías cubiertas, según Arnulfo. Un templete cobijaba en el centro de la rotonda las huellas de Jesús impresas en la roca y un magnífico propileo adornaba la fachada del Santuario al oeste. Hoy es un santuario musulmán. La Eleona era la grande basilica construída por Sta. Elena, junto al Imbomon, sobre la cueva donde Jesús había pronunciado su discurso escatológico y tal vez también el Pater Noster. Una magnífica fotografía de este venerando sitio hay en la p. 539, cuando el P. F. trata del sermón escatológico. El «Padre Nuestro», que la tradición ha fijado también en este Monte de los Olivos, el P. F. lo sitúa en el valle del Jordán (p. 424). Esto es muy discutible. El P. F. se ha atenido en este punto a la teoría corriente desde el P. Lagrange de considerar la gran sección de Lc 9, 51-18, 14 como sección pereana. Y lo curioso es que S. Lc no menciona nunca la región de Perea en esta parte, tan importante de su Evangelio. El P. Fernández estudia con gran erudición los documentos topográficos de la Oración del Pater Noster. Siguiendo al P. Baldi cree que el documento más antiguo que habla del Monte de los Olivos es del siglo IX. Ya es bastante, si se considera que el texto mismo de Lc favorece este lugar. Nótese que inmediatamente antes nos ha contado la escena de Marta y de María (Lc 10, 38-42).

#### CONCLUSIÓN

La Vida de J. C. escrita por el P. A. Fernández es indispensable para cualquier punto de geografía que el lector quiera estudiar. Sin quitarle otros méritos muy relevantes, en el aspecto geográfico no existe ninguna otra que le aventaje. Que este insignificante contributo a tan merecido homenaje sea un reconocimiento de la ciencia bíblica del P. A. Fernández y, a la vez, una prueba de nuestra amistad en Jesucristo, que, iniciada en Roma, ampliada y estrechada en Jerusalén, se prolonga mediante nuestras mutuas oraciones en esta vida, esperando que, por la misericordia de Dios y la intercesión de la Virgen Santísima, se eternice en el cielo.

FR. LEÓN VILLUENDAS POLO, O. F. M.  
Obispo de Teruel